

10. LA UTOPIÍA DEL REINO

Formación en la conciencia crítica y política



1. INTRODUCCIÓN

Vivimos en un mundo que cambia rápidamente, un mundo en el que es difícil pronosticar el futuro por las sorpresas que nos vienen, a pesar de todos los cálculos de quienes piensan saberlo todo. Pero vivimos en este mundo y todo ser humano que lo habita es de alguna manera responsable de los cambios que se están dando y de hacia dónde nos están llevando. Es el desafío político que nadie puede eludir...

En este mundo se encarnó Jesús, para intentar hacerlo caminar hacia donde su Padre Dios, desde siempre, lo había soñado: un mundo donde todos sus hijos/as pudieran vivir una vida feliz, compartiendo solidariamente lo que él les había preparado en su casa común. Este sueño suyo y de su Padre lo llamó Reino de Dios.

Es importante, para quienes aceptamos el reto de llevar adelante el sueño de Jesús, su Reino, con su presencia entre nosotros, profundizar sobre este proyecto de Dios. Quisiéramos en estas páginas ofrecer unas pistas de acercamiento a este que tiene que ser el paradigma de referencia para toda “política” cristiana. Presentarlo como una utopía, no en el sentido de que es un puro sueño, irrealizable, sino como un proyecto que todavía no lo podemos vivir en su plenitud, pero hacia el cual estamos llamados a caminar personalmente y hacer caminar nuestras comunidades.

2. VER LA REALIDAD

Las primeras comunidades cristianas sufrieron una crisis muy fuerte porque estaban convencidas que el regreso de Cristo en su gloria era algo inminente. En cambio, se tardaba cada vez más en llegar. Entonces surgió la duda: ¿será verdad su promesa o hemos sido unos ilusos creyendo en algo muy bonito, pero imposible?

Es precisamente, en ese contexto real, que la fe se profundiza y se convierte en dinamismo interno para la lucha cotidiana: descubren que, de hecho, el Reino de Dios “ya ha llegado y se encuentra en

medio de nosotros” (Lc 17,20-22). En otras palabras, Dios nunca nos ha abandonado -Jesucristo sigue vivo en nosotros- y realiza su plenitud de vida dentro de los pliegues de nuestra historia personal y social, a pesar de sus contracciones.

La realidad del Reino de Dios es para “hoy” y para “cada generación”, capaz de transformar nuestra existencia y dar sentido a la utopía de una convivencia humana en fraternidad, aunque todavía seamos peregrinos hacia el gran día de la felicidad total, cuando Dios-Amor será todo en todos (1 Co 15,28).

Para descubrir el Reino de Dios en la realidad concreta se requiere el discernimiento en el Espíritu, la luz que nos ayuda a distinguir los signos de Dios (amor, justicia, dignidad, paz...) y los signos del Maligno (división, desprecio, opresión, corrupción, tumulto, insatisfacción...) Todo lo que opaca nuestra dignidad como hijos e hijas de Dios va contra la presencia del Reino de Jesucristo:

- a) A NIVEL PERSONAL, cada vez que nos encerramos en el propio yo y nos vendemos a los criterios del mundo: poder, tener, egoísmo. Igualmente, cuando renunciamos a nuestros ideales y nos acomodamos a la mediocridad. Esto rompe naturalmente nuestro entorno familiar o comunitario más íntimo. Nos cerramos al otro como ostras y la indiferencia permite las miserias que encontramos a nuestro alrededor.
- b) A NIVEL SOCIAL, todo lo que nos está sucediendo en la lógica de la exclusión de los demás, por motivo de sistemas económicos o políticos destructivos, violencia a causa de las diferencias sociales-culturales-raciales-religiosas, ofuscamiento por el mal hasta proporciones inimaginables (guerras, injusticia, corrupción, hambre, mafias y organizaciones criminales, etc.)
- c) A NIVEL ECOLÓGICO, observamos por doquier la destrucción de la misma naturaleza (el escenario es apocalíptico) y nos rehusamos a reconocerlo y sobre todo a tomar las medidas porque nos incomodan en nuestros intereses ególatras.

No obstante, los signos del Reino del Amor son siempre más numerosos e infinitamente más grandes. Las personas e instituciones comprometidas a favor de una humanidad, conforme al querer de Dios, quizás no hacen ruido, pero son siempre más fuertes y -al final- escribirán la última palabra. Resulta urgente destacar a esas mujeres y hombres que cada día van tejiendo relaciones de fraternidad y dignidad, que son justos en toda la extensión de la palabra y que hacen posible la esperanza. Dicen los poetas que “la belleza salvará al mundo”; esa belleza en la mayoría de los corazones es la semilla del Reino de Dios germinando.

3. A LA LUZ DE LA FE

3.1. Un proyecto de amor

Desde el maravilloso evento de la creación hasta el día de hoy, Dios tiene un proyecto de amor: un mundo donde sus hijos/as puedan vivir una vida digna y feliz como hermanos y hermanas respetando la casa común.

El pecado, de Adán y Eva y luego de todos nosotros, daña este proyecto de Dios.

Sin embargo, Dios no renuncia a su proyecto inicial (¡jama a sus hijos/as!) e intenta, en una primera instancia, hacerlo realidad con el pueblo de Israel... pero el intento fracasa a causa de las infidelidades y traiciones continuas, sobre todo por parte de las autoridades políticas y religiosas.

En una segunda instancia, Dios apuesta con los “pobres/siervos de Yahvé” que, desde su pobreza y humildad cuentan con Dios para cambiar la realidad, *“un pueblo humilde y pobre, que busca refugio sólo en el Nombre de Yahvé”* (Sof 3,12).

Por medio de una muchacha de entre estos pobres de Yahvé, María, Dios entra (se encarna) en la historia humana para lograr definitivamente hacer realidad su proyecto de amor.

Jesús (Emmanuel = Dios-con-nosotros) en sus primeros treinta años no hace otra cosa que vivir con los aldeanos de Nazaret, realizando el sueño de lo nuevo que Dios quería, en la cotidianidad del trabajo y el sencillo servicio mutuo.

Enfilado en la cola con los inconformes que buscaban en Juan el Bautista una esperanza de cambio, Jesús, en su bautismo en el río Jordán, ve con claridad su misión: ser el enviado del Padre (como hijo bien amado) para hacer realidad de manera decisiva su proyecto. A esta su misión le da un nombre concreto, se trata de hacer de este mundo el “Reino de Dios”, un mundo que funcione como Dios lo quiere para la felicidad de sus hijos/as: ¡no se trata de “otro” mundo, sino este mundo “totalmente otro”!

Con firmeza, rechaza una visión del Reino de Dios como manifestación espectacular, llena de poder o violencia, a través de un juicio condenatorio sobre la humanidad (cf. esenios, fariseos, zelotas, grupos de falsos profetas...). En cambio, escoge el camino del abajamiento (*kénosis*) para estar más cercano a nosotros, particularmente a los que sufren.

Durante los tres años de su vida itinerante, Jesús para cumplir con su misión:

- **anuncia**, sobre todo por medio de parábolas, el Reino como una realidad ya actual en medio de nosotros, que exige conversión y cambios valientes en la manera de pensar y de actuar;

“Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Arrepiéntanse y crean en la Buena Noticia (Mc 1,15; Lc 10,9; 17,20-21); “Busquen primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura” (Mt 6,33); “Yo te aseguro que quien no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn 3,5)

- **busca compañeros/as** que compartan su sueño y con ellos/as intenta vivirlo, como botón de muestra, en una experiencia comunitaria;

“Mientras caminaba junto a lago de Galilea, vio a dos hermanos – Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano – que estaban

echando una red al lago, pues eran pescadores. Les dijo: - Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres. De inmediato dejando las redes le siguieron...” (Mt 4,18-21; Lc 5,1-11)

- con sus **señales milagrosas** hace ver que el Reino de Dios es visible y concreto y es posible;

“Vio mucha gente y compadecido de ellos curó a sus enfermos” (Mt 14,14); “Porque andaban maltratados como ovejas sin pastor” (Mc 6,34; Mt 9,36); “Pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hech 10,38; Mc 1,34)

- **acepta morir en cruz**, por mano de quienes no aceptaban este su proyecto, como señal de amor; en su entrega total nos manifiesta que lo único que de veras puede hacer realidad el sueño de Dios es el Amor;

En el juicio contra Jesús (Lc 22,66-71; 23,1-2) aparece claramente la causa de su condena: por “blasfemo” al declarar a Dios como su Abbá (papá querido) y por “agitador” pues con su testimonio profético desestabiliza el sistema de los opresores (simbolizado en la destrucción del Templo). De hecho, Jesús el Cristo acepta por amor ser asesinado, abandonado confiadamente en las manos del Padre y sin rendirse a los ídolos del poder, del dinero ni de los instintos ególatras de los malvados (cf Mt 27,32-56)

- **resucitado**, se compromete a acompañar, con su Espíritu, a quienes aceptaban llevar adelante esta su misión;

“Después de decir esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús repitió: - La paz esté con ustedes. Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes. Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió: - Reciban el Espíritu Santo...” (Jn 20,19-23).

3.2. Apasionados/as por el Reino

Jesús prometió acompañar con su presencia resucitada a quienes se reúnen para llevar adelante su proyecto, el Reino (Mt 18,20). ¡Esta es la Iglesia!

Ser cristiano entonces es aceptar el reto de seguir a Jesús (enviado por Dios para cambiar este mundo, hacerlo su Reino), haciendo hoy, lo que hizo él y como lo hizo él, acoger y construir el Reino con su talante y su espíritu, aceptando con Él el reto de la cruz.

Esto hoy implica ser apasionados/as por el Reino (asumir la vida como la quiere construir Dios)

- acogido con fe y amor como don de Jesús resucitado;
- vivido *personalmente* con el testimonio de nuestra vida: *Estoy crucificado con Cristo... Ya no vivo yo, sino Cristo vive en mí* (Gal.2,20);
- vivido *comunitariamente* con experiencias significativas de vida comunitaria;
- anunciado proféticamente como Buena Noticia en la catequesis, predicación...
- construido poco a poco por medio de todas las iniciativas de promoción humana y de lucha contra el “antirreino”, desde y con los últimos/as (sembrarlo en las rajaduras del sistema).

2.3. Reino de Dios y política

Apostar, como y con Jesús, por el Reino, implica también mirar a la realidad socio-política en que vivimos, mirarla desde la perspectiva de los últimos. No es sino la mirada con que la miró Jesús: una mirada que entonces no es preferencial, sino excluyente (no podemos estar de parte de estructuras y personas que causan esta realidad).

En esta mirada constatamos con dolor situaciones que nos tienen que preocupar, como preocuparon a Jesús en su tiempo: la brecha entre ricos y pobres que se abre cada día más, la corrupción que

campea a todos los niveles, una explotación inmisericorde y despiadada de la casa común, el conflicto y la violencia frente a la diversidad cultural e ideológica.

Frente a esta realidad, apostar por el Reino nos desafía a vivir un proceso nunca acabado de *insatisfacción* frente a la situación de injusticia y de sufrimiento que vive demasiada gente (antirreino); de *indignación profética* porque esta situación es causada por estructuras y personas concretas; de *compasión* que se hace amor incondicional, gratuito y concreto por las víctimas de esta realidad.

En nuestro lenguaje es entonces un asunto “político”, del cual un cristiano no puede desinteresarse, sea cuando se trata de elegir a quienes nos van a gobernar, sea en los momentos de conflicto que marcan la vida política del país. En ambas situaciones es necesario un discernimiento oportuno y valiente, iluminado por la praxis de Jesús y por el magisterio de la Iglesia y de los Pastores.

2.4. Al centro la “misericordia”

Para profundizar aún más este proyecto de Amor que se concretiza, como hemos visto, en la persona y la misión de Jesús y en la propuesta del Reino, veamos ahora algunas características esenciales:

El secreto que animaba a Jesús para entregarse con tanta pasión al anuncio del Reino de Dios hasta el punto de dar su vida, no es otro sino **su relación filial con su Padre-Abbá**. Él se sabe y se siente amado de una manera tan profunda e incondicional que hasta el más pequeño acontecimiento o cualquier instante queda iluminado por esta vivencia transformadora. Para Jesús, su Padre es Amor-Misericordia (¡ésta es la gran novedad, el evangelio!), y cumplir su Voluntad consiste en buscar que todos sus hermanos/as puedan igualmente experimentar esta ternura y bondad sin límites. Por eso el signo de la llegada del Reino de Dios es vida plena (y en abundancia Jn 10,10), creando comunidades fraternas que hagan posible cielos nuevos y tierra nueva (Is 65,17; Ap 21,1-8).

Las parábolas del Hijo Pródigo (Lc 15,11-32) y del Buen Samaritano (Lc 10,25-37) representan un sumario de quien es el Dios del Reino: la misericordia (esplagjnizoma del sustantivo esplagjnnon = vientre, entrañas maternas) es lo que mueve el corazón de Jesús, su iniciador; la compasión es el modo de ser de Dios (Lc 6,36);

Otra constatación en el modo que Jesús tiene para realizar el Reino de Dios es que siempre **los destinatarios son los pobres (ptojos = el desposeído de todo) y los que tienen un espíritu de pobre**. El Galileo entona con sus actos el cántico del *Magnificat* (Lc 1,46-55) y siembra por los campos las *Bienaventuranzas* (Mt 5,1-12; Lc 6,20-26), despertando las esperanzas caídas de los que no cuentan para el mundo. Su propuesta es un mundo al revés en el cual el Reino se reserva a los últimos (Mt 11,5; Lc 7,22). Los agobiados por el peso de la vida, los golpeados por los sistemas inicuos de turno, los descartados y crucificados de todos los tiempos, pertenecen a esos escogidos a quienes se les regala la redención. Dios se abaja hacia los pobres y los escoge, sin mérito propio y con escándalo de muchos, por pura bondad suya, porque Dios es así. También de forma colectiva: los privilegiados de la misericordia resultan ser los pueblos marginados y las multitudes empobrecidas.

Limpió a los leprosos (Mc 1,40-45). Abrió los ojos de los ciegos (Mt 20,29-34). Atendió a los que no tenían qué comer (Mc 8,1-10; Mt 15, 32-39) Se compadeció de la viuda cuyo hijo acababa de morir (Lc 7,11-17) Escuchó las peticiones de dolor, “Ten compasión de mí” (Mt 20,29-34; 15,21-28; 17,14-18, Lc 17,11-19) y un gran etcétera.

Otra dimensión que es importante remarcar en relación a la proclamación del Reino de Dios es **la reacción de persecución y martirio que conlleva**. Es verdad que en primer lugar está el anuncio de la fraternidad, justicia, libertad, amor, misericordia, solidaridad, comunión en la fe... pero esto mismo incomoda a los detentores del anti-reino que promueven toda forma de muerte, la mentira estructural, los ídolos del mundo (poder, dinero,

hedonismo), corrupción, injusticia, violencia, manipulación, inmoralidad, opresión hacia los más débiles... Por esta denuncia sin titubeos, a Jesús lo condujeron a la cruz y hoy siguen eliminando a tantos profetas. El Reino de Dios no es neutral como no es neutral el Amor. Paradójicamente esta persecución se convierte en el signo más claro de autenticidad.

Los escribas y fariseos espiaban a Jesús y tramaban controversias contra sus enseñanzas: la cuestión del sábado, la acusación de ir contra la Ley de Moisés, la discrepancia contra un culto que ponía en segundo lugar a la persona humana, los grupos de control que se sentían amenazados (ricos, fariseos, escribas, sacerdotes, gobernantes, corruptos, hipócritas y violentos...) (cf. Mt 23,1-39).

Finalmente, el Reino, este proyecto de Dios, en su realización ahora, **es una utopía**, pero no en el sentido que *no tiene* lugar, posibilidad, sino en el sentido que *no lo tiene todavía* en su plenitud, pero que está en camino, como trigo entre la cizaña de este mundo (cf. Mt 13,24-30). ¡Es al mismo tiempo un “**ya**” y un “**todavía no**” como cumplimiento total! Su evolución es desde la pequeñez como una semilla de mostaza o como un poco de levadura o un tesoro o perla escondidos (cf. Mt 13,31-46).

Es el gozo verdadero, la alegría desbordante, que no nos puede dar el mundo sino sólo Dios (Lc 2,9-12), pero al mismo tiempo es una nostalgia herida por los que todavía están ausentes y no pueden levantar los brazos del himno de la paz. Por eso oramos al Padre para que venga a nosotros su Reino (Mt 6,9-13) y al mismo tiempo nos encaminamos a ese Reino definitivo donde no habrá más lágrimas en los ojos ni dolor (cf. Ap 21,4).

4. PARA EL COMPROMISO

El Reino es de Dios, y es él que da la fuerza para colaborar en su realización: es gracia que tenemos que estar disponibles a recibir en una actitud de humildad y de oración.

Misión de la Iglesia es la de continuar la misión de Jesús, la construcción del Reino de Dios en la realidad de este mundo, a lo largo de la historia.

Cumplimos con esta misión:

- anunciándolo como la Buena Noticia de un mundo donde todos/as puedan vivir felices como hijos/as del mismo Padre, haciendo de la *Pachamama* la casa común;
- presentándolo como posible por medio de comunidades que viven valiente y alegremente los valores de este Reino (una de ellas es la VC);
- haciéndolo realidad (como semilla... levadura) con los compromisos para una sociedad que sea más justa, fraterna y solidaria;
- celebrando la presencia de Jesús en este caminar hacia el Reino, por medio de los Sacramentos.

Seguir a Jesús como VC nos compromete a hacer nuestra su pasión por el Reino desde nuestra vocación profética y mística:

- con una vida comunitaria transparente y significativa (nuevos modelos de vida comunitaria);
- con una opción, cada día más valiente, por una vida austera y pobre;
- con una vivencia de la sexualidad y de la afectividad como signo de la ternura y del amor gratuito de Dios;
- con una opción por los “empobrecidos” de nuestra sociedad, por quienes no pueden vivir la vida digna que Dios quiere para todos;
- con una disponibilidad generosa a un servicio pastoral en salida hacia las nuevas periferias;
- contagiando y organizando la esperanza en la perspectiva de lo nuevo que el Dios de las sorpresas seguramente quiere

pedirnos con la experiencia que estamos viviendo: ¿posponer planes o anularlos por otros nuevos?

Una praxis del Reino sin adhesión a Jesucristo Salvador quedaría vacía y una teología-espiritualidad del Reino sin empeño por la transformación del mundo, sería solo una ilusión enajenante. Ni una historia sin resurrección ni una resurrección sin historia (tampoco fe sin obras, individualismo sin pueblo, entusiasmo sin acciones, devoción sin seguimiento de Jesucristo).

Acoger el Reino de Dios exige siempre una conversión a Dios y a los hermanos/as, a sí mismo y a la vida toda. Es un acto de libertad hacia el amor. Es la condena de todas las mentiras y el renacer al gozo de la verdad. La Misión que se nos confía es clara: anunciar y testimoniar el reino de Dios, buena noticia para los pobres, evangelización a toda creatura, proclamación de la Palabra que da sentido a la lucha y compartir el Pan de Vida sin discriminar a nadie, en síntesis, realización histórica de la salvación que nos ha ganado Jesucristo.

“No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el Reino (Lc 12,32) (1 Cor 13,1-13 Himno a la Caridad y Rom 8,31-39 Himno de la Esperanza)



5. PARA PROFUNDIZAR

Compartamos la reflexión y el diálogo...

- a) ¿Qué significa para ti y tu comunidad “seguir a Cristo y apropiarnos de su proyecto del Reino de Dios?
- b) ¿Dónde crees que tu Congregación pone la prioridad, en su propia subsistencia-estructuras o en las opciones del Reino de Dios?
- c) ¿Cuáles grupos o realidades humanas, desde tu situación, serían en este momento las urgencias del Reino de Dios?
- d) Desde la perspectiva del Reino ¿cuáles son la realidades de nuestro Ecuador que sería más urgente cambiar en esta post-pandemia? y ¿en qué podemos aportar como VC?

6. BIBLIOGRAFÍA

Existe una enorme bibliografía a este respecto (sobre todo en el campo bíblico), sugerimos sólo algunos textos que nos parecen significativos:

- Guijarro Oporto S. El Reino de Dios (internet)
- Trigo Pedro, Decir el Reino de Dios hoy (internet)
- Pagola, JA. Jesús, una aproximación histórica, PPC España, 2013
- Pagola, JA. Recuperar el proyecto de Jesús. PPC México, 2015
- Bonhoeffer, D. Venga a nosotros tu reino, Ed. Sígueme – Salamanca 1985
- Gutiérrez, G. Beber en su propio pozo, Lima, 1983
- Gutiérrez, G. Dios de la vida, Lima, 1989

- Segundo, JL. El hombre de hoy ante Jesús de Nazaret, Madrid, 1982
- Ellacuría, I. Conversión de la Iglesia al reino de Dios, Santander, 1984
- Sobrino, J. Jesús en América Latina, San Salvador, 1982
- Sobrino, J. Jesucristo liberador, Trotta, Madrid, 1991
- González-Carvajal, L. El Reino de Dios y nuestra historia, Sal Terrae, 1986